

FABIAN GALEANO

Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

No sé por qué todo no lo veo como cuando nací, transparente como el agua, esa capa de color no me sienta bien, es incómodo alumbrar sin todo mi fulgor... Bueno, de todas maneras mis filamentos se romperán. En mi memoria quedarán registradas las imágenes de arrugas, celulitis, estrías, elongaciones de pie, grasa, y demás complejos escondidos por mi cobertura.

Casi cuando mi luz se extingue, a punto de jubilarme, he tenido que ser testigo mudo de charlas entre sábanas, matizadas por murmullos audibles por mis oídos de vidrio, gracias a los cuales recuerdo historias de infidelidad, de jóvenes púberes perdiendo su castidad, de hombres inversionistas de capital ahorrado en una noche disoluta sólo por aparentar opulencia, como es el caso de Sebastián.

Aquél hombre se precia de ser poeta, cuando en realidad aprovecha el instante prendado de amor para motivar en sus amantes a cerrar sus ojos, y de esa manera leer poemas ajenos con la complicidad de la media noche.

Una madrugada, ubicado próximo a un soporte de la cama, se hallaba un bolso. Fue encontrado por la empleada encargada del aseo, clavó su mirada en el número telefónico indicado sobre un papel al borde de la cremallera a punto de salirse, sin pensar marcó con el ánimo de encontrar a su dueño; luego del tercer tono escuchó una voz masculina ronca y grave... Cuyo nombre no figuraba en el encabezado, en cambio, aparecía Sebastián; después de excusarse por el error cometido y las disculpas aceptadas, él preguntó por el apellido del portador, ella contestó: Allende.

Como es costumbre ocupan la habitación Sebastián Allende y su amante. Antes de entregarse a la pasión, surge un comentario acerca del exquisito decorado dispuesto sobre la cama, conformado por pétalos de rosa en forma de corazón, y la verdad no puedo asegurar si el diseñador optó por un sólo color o por varios, intercalándolos.

Mis fibras no soportan más el calor y preciso observar la última consumación erótica más esperada. Observo aquel femenino desnudo, revela sus zonas erógenas como si se concentraran con un rojo intensamente provocativo. Al momento de recitar Sebastián Allende sus poemas, una voz imponente lo interrumpe:

- Cada pétalo de rosas representa un corazón deshecho, las lágrimas de dolor han sido acumuladas como demandas en anaqueles de mi despacho, párrafos escritos por la sed de venganza por quienes me sumo en mi determinado ajusticiamiento.

La puerta a medio abrir deja ver una débil silueta recortada a la mitad, dos ráfagas de fuego provienen del arma asesina hacia la humanidad de Sebastián, los impactos de bala le causan una muerte agonizante; entonces comprendí que el color de los pétalos de rosa eran rojos como el corazón, como la sangre y como yo; ese común denominador me pareció la moraleja más hermosa enmarcada en la muerte de Sebastián y la mía.

